

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Lo imaginario en la política.

Muñoz, Carina.

Cita:

Muñoz, Carina (2011). *Lo imaginario en la política. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/532>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título de la ponencia: **Lo imaginario en la política**

Autora: Carina Muñoz

Docente investigadora - Facultad de Ciencias de la Educación UNER. Doctorando del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la UNER

Correo electrónico: carina_m@arnet.com.ar

Resumen:

La ponencia ofrece parte del avance de un proyecto en desarrollo, "Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso"¹, dirigido por el profesor Sergio Caletti y codirigido por quien escribe estas páginas. Dicho proyecto se propone reflexionar acerca de las matrices culturales implicadas en los fenómenos políticos.

Analizamos como caso el llamado "Conflicto del campo" de 2008. Desde hace varios años, S. Caletti viene profundizando una línea de trabajo que puede sintetizarse del siguiente modo: *antes que la politicidad de la cultura, indagar la dimensión cultural de la política, de la acción colectiva*, ofrece una fertilidad mayor para comprender los procesos sociales del presente. Como muchos estudios de política y cultura, su análisis recoge hilos de tres campos teóricos a saber, los problemas del *discurso*, los problemas de lo imaginario y la subjetividad -en el psicoanálisis-, y el problema de la ideología en la filosofía política.

Examinaremos en esta presentación el vínculo discurso-imaginario, con M. Pêcheux; y el vínculo imaginario-simbólico, con J. Lacan. Las conexiones que buscamos dejan de lado, obviamente los aspectos clínicos del psicoanálisis, poniendo el foco en aquellos aportes de Lacan en torno al problema del lenguaje. Desde el presupuesto del papel de lo imaginario en la articulación de demandas –diferencias, que supone la construcción de hegemonía, examinaremos con estos autores el modo en que el orden de la afectividad y no tan sólo el de la racionalidad, resulta clave en la operación de equivalencia que hace que un conflicto particular se conforme como un problema "de todos".

Palabras clave: política, subjetividad, imaginario, ideología, discurso.

LO IMAGINARIO EN LA POLÍTICA

Introducción

La ponencia ofrece parte del avance de un proyecto en desarrollo, "Cultura, política y subjetividad: un estudio de caso"², dirigido por el profesor Sergio Caletti y codirigido por quien escribe. Dicho proyecto se propone reflexionar acerca de las matrices culturales implicadas en los fenómenos políticos. Analizamos como caso el llamado "Conflicto del campo" de 2008. Desde hace varios años, S. Caletti viene profundizando una línea de trabajo que puede sintetizarse del siguiente modo: *antes que la politicidad de la cultura, el talante cultural de la política, de la acción colectiva* ofrece una fertilidad mayor para comprender los procesos sociales del

presente. Como muchos estudios de política y cultura, su análisis recoge hilos de tres campos teóricos a saber, los problemas del *discurso*, los problemas de lo imaginario y la subjetividad -en el psicoanálisis-, y el problema de la ideología en la filosofía política.

En esta ponencia examinaremos uno de los aspectos teóricos del proyecto, a saber, el vínculo *discurso-imaginario*, a partir de autores que, retomando los aportes del psicoanálisis y del marxismo, revisan estos conceptos, y nos permiten sostener la hipótesis principal de nuestro proyecto: un conflicto particular se conforma como un problema “de todos” a partir de relaciones imaginarias, entendidas como el soporte de un orden cultural y de producción de subjetividades. Es la afectividad y no la racionalidad, lo que hace equivalentes demandas heterogéneas.

El caso

La Resolución 125/08, referida a las retenciones móviles para exportaciones de oleaginosas -a propósito de la soja- desencadenó en el país un conflicto político y social, podríamos decir, sin precedentes, que se extendió durante 126 días³. La fenomenal movilización de protesta, que alcanzó decibeles de más de 300 cortes de ruta simultáneos -además de tractorazos y actos emblemáticos, entre otros, Gualeguaychú, Amstrong, y el monumento a la Bandera de Rosario-, fue proporcional al debate que suscitó, cuyo tenor excedió lo meramente económico-sectorial.

La “Mesa de enlace” que se conformó como referente principal de la oposición, reunió un arco de organizaciones que resistían la medida -desde la Federación Agraria hasta la Sociedad Rural- en una unidad que borró las históricas diferencias entre pequeños y grandes productores, entre *colonos* y *estancieros*. Dichas posiciones representaron siempre intereses históricamente opuestos, pero esta vez interpretaban -ambas- que “la 125” les “metía la mano en el bolsillo”, cometía una injusticia, amenazaba la vida de “la vaca lechera” del país y mataba la “gallina de los huevos de oro”. El éxito político del reclamo sectorial se puede valorar en la consigna “Estoy con el campo” que lucían los parabrisas de la herramienta de trabajo que se transformó en ícono de los cortes: “la cuatro por cuatro”, “la Hilux”, y que alcanzó también los de muchos transportes públicos que pasaban por la zona de cortes, así como los de quienes querían manifestar públicamente el apoyo al sector. “Estoy con”, precisamente, expresaba el resultado de una fuerte exigencia de toma de posición que caracterizó la confrontación gobierno-campo. De hecho, múltiples sectores de la clase media, sin vinculación alguna con el negocio rural, se vieron convocados a los cortes, como también algunos sectores gremiales, y progresismos de distintas procedencias. De este modo, “el conflicto del campo” devino en un problema de todos.

Durante ese largo proceso hubo un verdadero reacomodamiento de las posiciones políticas en el país, en diferentes órdenes: fracturas inesperadas, alianzas insospechadas; produjo también la emergencia de nuevos liderazgos invisibilizados hasta entonces, como el de Alfredo De Ángelis⁴ que, desde el sector agrario, “copó” la escena apenas iniciado el conflicto; y hacia el final, la figura del vicepresidente Julio César “Cleto” Cobos⁵, como referencia política de “la gente”.

El gobierno, en cambio, no sólo sufrió pérdidas de ministros importantes sino también escisiones que comenzaron a esbozar un frente opositor; en primer lugar, la ruptura de la propia fórmula presidencial que expresaba alianzas que se extinguían, en segundo lugar, la fractura definitiva del partido gobernante con la emergencia del Peronismo Federal. Cabe una nota al pie, para el calificativo “federal”; es curioso el modo en que este significativo ha resonado en la historia argentina respecto del centralismo porteño y la aduana. La escena termina claramente, el gobierno es derrotado en las cámaras, con el voto “no positivo” del vicepresidente, que dirimió el empate, posicionándose así -según muchos analistas- como “claro” candidato a presidente de la oposición. En medio de ese proceso, también hubo un hecho novedoso, la participación del campo intelectual, con la emergencia de Carta Abierta, en apoyo a la política gubernamental. Y

merecería un análisis especial el tratamiento que los medios masivos de comunicación dieron al conflicto. Pero dejaremos de lado este aspecto, no por poco relevante sino por decisión metodológica. Seguiremos otra deriva en la indagación.

Nuestra hipótesis de trabajo es que la magnitud que alcanzó este conflicto no fue –dicho vulgarmente- un “efecto mediático” alentado por la clara y abierta toma de posición de los grandes medios masivos de comunicación, que efectivamente ocurrió; ni tampoco puede atribuirse solamente a los grandes intereses políticos y económicos afectados por el *lock out*. Sino que, a la par de todo ello, hubo procesos de otro orden que, por ejemplo, desempolvaron significantes como *chacarero*, *oligarquía*, y otros, como *yuyo*, o *yegua*, evidenciando la necesidad de acudir a ciertos esfuerzos retóricos en la argumentación. Expresiones como esas, a nuestro juicio, se amarran en la trama afectiva de una matriz cultural, anclan en procesos imaginarios, que producen sentidos por vía de identificaciones afectivas, más que racionalizaciones. Sin estos elementos, la racionalidad no hubiera sido suficiente para hacer equivalentes intereses ciertamente encontrados, en el doble sentido, de convergencias y divergencias. En esta investigación, buscamos indicios que nos permitan comprender esa matriz cultural y los modos de articulación de este registro imaginario con los debates políticos que se pusieron en escena.

Escenas y escenarios

Aún con matices locales, el conflicto se nacionalizó; no dejó región productiva al margen. Pero en las provincias litoraleñas de Santa Fe y Entre Ríos la protesta social tuvo características que las tornaron emblemáticas. Los “cortes” en la localidad de Armstrong, en el Túnel Subfluvial, en Gualaguaychú, donde además cobró protagonismo el dirigente entrerriano Alfredo De Ángelis, las constituyeron en dos escenarios relevantes, también para nuestro estudio.

Desde el punto de vista del perfil productivo, sin embargo, hay diferencias importantes. Mientras que Santa Fe produce el 30 % (Buenos Aires, 21% y Córdoba 30%), Entre Ríos tiene escasa incidencia –menos del 1.6%- en la producción total sojera⁶. Según datos del Censo Nacional 2001, ambas provincias sobrepasan la media de población rural de la Región pampeana (6.9%), sin embargo, Entre Ríos tiene el doble de población rural dispersa (familias que viven en el campo) que Santa Fe; aquí, la población rural vive mayoritariamente agrupada en pequeños conglomerados urbanos, pequeños pueblos⁷. Esto mantiene cierta correspondencia con la tecnología de producción de la soja respecto de otros cultivos, como el arroz, que requiere mayor cantidad de mano de obra⁸.

En ambas provincias se registra un marcado proceso de concentración de la propiedad de la tierra, aunque la modalidad de producción actual, puede prescindir de la propiedad mediante el arriendo. Especialmente en el caso de la soja, debido a las características del monopolio del mercado de semillas y agroquímicos, ha proliferado con los llamados *pools* de siembra, empresas dedicadas al cultivo mediante arrendamiento de la tierra. Es mucha la diferencia del beneficio entre el arriendo y la labranza; para quien cultiva la soja produce una ganancia bruta

estimada en las mejores zonas de cultivo de alrededor de 2.200 pesos por hectárea, pero se hace necesario un número mínimo de hectáreas, que varía según la calidad del suelo y el precio internacional (además de otras variables más imponderables), para que la renta sea significativa. Según los criterios de clasificación de la SePyMEs (Res 21/10), una microempresa, hasta 610.000 pesos anuales de facturación; pequeña, hasta 4.100.000 pesos anuales de facturación; una mediana, hasta 24.100.000 pesos anuales de facturación; por encima de esos montos, se trata de grandes empresas. Esto explica que el minifundista, el propietario de menos de 50 Has de campo, muchas veces, prefiera arrendar y trasladarse a los pueblos, pequeños conglomerados rurales, aunque sus ingresos se reducen a menos del 10% de la utilidad bruta por hectárea.

Un primer análisis del perfil productivo de las oleaginosas en las dos provincias, indica que el llamado fenómeno de la “sojización”, es más notorio en Santa Fe que en Entre Ríos. En entrevistas exploratorias, productores santafesinos señalan esta diferencia, pero además, afirman que a los entrerrianos, “les gusta vivir en el campo, son gente de campo.”

Diálogos teóricos

Pues bien, nuestro objeto de estudio puede formularse del siguiente modo: “hay en las Ciencias sociales una tendencia a *politizar* la cultura, esto es, a problematizar en términos políticos las formas de la relacionalidad en los ámbitos de la vida privada, cotidiana. Aquí podemos señalar, por ejemplo, los esfuerzos de los estudios de género, como una de las tematizaciones más significativas en este orden. Nuestra preocupación empero va en dirección opuesta: lo que intentamos es ‘culturalizar’ la política, valga el juego de palabras, indagar las matrices culturales, las relaciones imaginarias que se articulan en los procesos de lucha política. En este caso, partiendo de procesos que ponen en visibilidad una acción colectiva, una discursividad política, nuestro esfuerzo es rastrear, reconstruir las matrices culturales que las sostienen. Esta preocupación nos ha puesto en el terreno teórico de “lo imaginario”, de la “afectividad” en la vida social. En esta dirección, los estudios que vinculan el marxismo y el psicoanálisis, especialmente en el campo del análisis de lo discursivo, son referencias insoslayables.”⁹ Dicha intersección ha sido retomada en distintos campos disciplinares. En la filosofía política, podemos citar como fuentes los trabajos de Alain Badiou, de Ernesto Laclau con Chantall Mouffe, y Slavoj Žižek, así como el interesante ensayo de Yannis Stavrakakis. Desde el psicoanálisis, para pensar la cultura, los trabajos de Cornelius Castoriadis y Judith Butler; en el análisis del discurso y la semiótica, los trabajos de Michel Pêcheux y de Armando Sercovich. Como hemos anticipado, en este trabajo nos dedicaremos especialmente a la relación imaginario -simbólico. Retomaremos a través de una extensa cita, algunas observaciones que S. Caletti ha realizado en trabajos anteriores sobre este punto.¹⁰ A propósito de ello, caben, dice, “dos consideraciones referidas a los puntos de partida teóricos que merecen ser explicitadas. Una, (1) el vínculo de *la política y lo discursivo* como tensores de lo que puede entenderse como “lo social”, o dicho con más precisión, el espacio público. Una tal conceptualización requiere enfatizar la idea de comunidad y de horizontes compartidos de sentido como condición de posibilidad de todos los

intercambios, de todos los mensajes. Al mismo tiempo, considerar que la política se despliega en el orden del decir. No importa aquí cuánto de ese decir se cumpla profiriendo palabras, cuánto blandiendo el puño, cuánto callando, cuánto haciendo. *Decir* es por excelencia el acto humano de la vida en común enfrentándose a su horizonte, significándolo. La relevancia política del decir está, así, atada a la posibilidad de enunciar lo nuevo, lo por venir, así como a la posibilidad de reinterpretar lo pasado para definir lo presente, y ambas cosas en un contexto de reconocimientos sociales. Otra, (2) en relación con *lo discursivo y lo imaginario*. Una clásica indicación de Marx apunta que los hombres no sólo hacen la historia sobre la base de condiciones dadas sino que, además, al hacerla, en rigor *no saben* qué es lo que hacen. Es precisamente la idea freudiana según la cual la creatura humana paga el precio de un desconocimiento radical de sí en su advenir a la vida social —vale decir, por constituirse efectivamente como *humana*— lo que da pie a la posibilidad de pensar lo histórico-social no ya como el desplegarse de proyectos de unos sujetos de razón y voluntad, a la manera que inaugurara la Ilustración y en la que insisten hoy ciertas tendencias de la teoría social, sino más bien como el amasijo de unos sujetos que, por citar el disloque que Lacan propone para el *cogito* cartesiano, *donde piensan no son*. Sobre estas bases cabe repensar, a nuestro juicio, la participación de las dimensiones subjetivas de la acción en los procesos de producción política.”¹¹

En este sentido, la formulación lacaniana de la tópica RSI¹² resulta sumamente fértil porque ofrece una teoría del sujeto que permite revisar, precisamente, este aspecto “inconsciente”, a la vez, productor-reproductor. Los tres registros, Real, Simbólico e Imaginario, representados como una estructura topológica de nudo borromeo, constituye un encadenamiento de eslabones donde cada uno funciona dando consistencia a los demás. Tal como aparecen en las últimas formulaciones de Lacan, no hay preeminencia de uno sobre otro; si alguno falla, hay falla en la estructura. La fertilidad de este concepto para pensar lo social se evidencia en numerosos trabajos. Por ejemplo, en *Mirando al sesgo*, Slavoj Žižek, ofrece un interesante análisis de la tópica y la producción de sentido:

“Lo real contingente desencadena el trabajo interminable de la interpretación, que intenta desesperadamente conectar la red simbólica de la predicción con los acontecimientos de nuestra “vida real”. De pronto, “todas las cosas significan algo” y, el significado no es claro, ello se debe solo a que en parte permanece oculto, y hay que descifrarlo. En este caso, lo real no funciona como algo que se resiste a la simbolización, como un resto carente de significado que no puede integrarse en el universo simbólico, sino, por lo contrario, como su último sostén. Para que las cosas tengan significado, este significado debe ser confirmado pro algún fragmento contingente de lo real que puede interpretarse como “un signo”. La misma palabra signo, en oposición a la marca arbitraria, forma parte de la respuesta de lo real: el signo proviene de la cosa misma, indica que por lo menos en un cierto punto, se ha cruzado el abismo que separa lo real de la red simbólica: lo real ha respondido al llamado del significante.”¹³

En otra perspectiva, y con otro tipo de diálogo con el psicoanálisis, M. Pêcheux, introduce para el análisis del discurso la consideración de las *relaciones imaginarias* como las condiciones constitutivas de la producción del discurso.

Dichas relaciones imaginarias, empero, en ningún caso, dependen o se derivan de ellas sino que se forman en la conjugación de unas experiencias previas con las actuales, de manera inconsciente. Leyendo a Pêcheux, Caletti dice:

“Aquí y allá las operaciones de lo imaginario sostienen las relaciones de sentido que constituirán a su vez condiciones de producción de intervenciones enunciativas apuntadas a modificar las significaciones codificadas. Aquí y allá, irrumpen con distinto éxito para trastocar el orden, para desestabilizar lo dado. Y no debe entenderse que en esta desestabilización vayan implicadas por definición cargas de una renovación “deseable” de la vida social.”¹⁴

Examinaremos ahora dos relaciones conceptuales que se derivan del tratamiento que nuestros autores hacen de *discurso e imaginario*, y que resultan importantes herramientas para esta investigación. Nos referimos a la relación de lo *imaginario con la subjetividad* y de lo *imaginario con la discursividad*.

Lo imaginario y la subjetividad

A diferencia de la tradición ilustrada, el psicoanálisis no plantea lo imaginario en oposición, sino en *articulación* con lo real y lo simbólico; una articulación, además, necesaria para la consistencia del sujeto. El ser humano pierde, al nacer, el acceso inmediato a la satisfacción de sus necesidades orgánicas reales; pero al mismo tiempo que este hecho -salir del vientre materno-, el ser humano se introduce –o es introducido- en el mundo del lenguaje. El orden simbólico queda así estructuralmente entramado con las necesidades, porque abre paso a su satisfacción o frustración, en la organización de la demanda. La demanda se dirige siempre a un “otro”, cuya figura primigenia es la madre, quien –por esta demanda- está investida del poder de satisfacer o frustrar. De manera tal que la demanda expresa una necesidad, pero es el vehículo de un lazo afectivo decisivo: es una demanda de amor incondicional, imposible de satisfacer que, por ello, organiza el deseo. El deseo es aquello que emerge en la espera del otro. De allí que el sujeto es, sobre todo, sujeto de deseo. En un ensayo destinado a revisar las huellas de la teoría lacaniana en la filosofía política de izquierda, Y. Stavrakakis, lo dice de este modo:

“De hecho, la propia realidad se articula en torno al deseo, en el sentido de que el surgimiento de la realidad (como dimensión inconmensurable con lo real) presupone la pérdida de nuestro acceso inmediato a la necesidad real, presupone la imposición de lo simbólico. Mediante la imposición de un hiato entre la necesidad presimbólica y la demanda, la castración simbólica obliga a los seres humanos a ir en pos de su deseo *en* el marco de una realidad socialmente construida.”¹⁵

Esta condición deseante es decisiva para la constitución del lazo social, en el que la afectividad, la necesidad y el lenguaje se entraman inextricablemente. La plenitud perdida se constituye como una falta imposible de “tapar”; el sujeto deseante es un sujeto de la falta. El orden simbólico y el orden imaginario, se movilizan en esa dirección, esto es a un punto imposible, la plenitud real, que está perdida para siempre. En términos del mismo autor:

“El proyecto de Lacan puede verse como una reformulación radical del estructuralismo clásico, así como de la idea saussureana de la significación: Lacan introdujo una conceptualización de lo simbólico que no es la del circuito cerrado sino la de un conjunto siempre carente e incompleto: ‘la falta en el Otro’... señaló que el lenguaje no puede constituir un conjunto cerrado, que no hay universo de discurso... y este carácter incompleto del sentido sedimentado es lo que hace posible el surgimiento del sujeto y la (parcial) recreación continua de la identidad (individual o colectiva) mediante nuevos actos de identificación.”¹⁶

De manera que *la falta* hace que el sujeto hable y se dirija a otros. La falta produce. Este deseo imposible de satisfacer, esta falta imposible de cubrir, la plenitud imposible de alcanzar, mantiene el movimiento porque la operación resulta siempre inacabada, abierta. Según Y. Stavrakakis:

“En efecto, esta brecha constitutiva e insalvable entre el nexo simbólico/imaginario (el campo de la construcción e institución social) y ese real que siempre se escapa es lo que también hace posible la historia: si fuera factible que una construcción social particular simbolizara de lleno lo real, la historia llegaría a su fin, junto con el permanente juego de la creatividad humana (deseo) y la dislocación social (falta)” (...) es precisamente este aplazamiento lo que mantiene vivo el deseo y abierta la creación sociopolítica.”¹⁷

Hemos presentado algunos grandes trazos de la teoría psicoanalítica del sujeto; hemos dejado de lado, empero, aspectos sustantivos para la clínica. Nuestro interés ha sido indicar sólo aquello que resulta relevante para la teoría social, es decir, los aportes del psicoanálisis que permiten reflexionar sobre la construcción de lo social. Pero cabe ahora señalar un punto de controversia por demás significativo: a saber, si esta condición constitutiva de la experiencia humana que es lo imaginario, es fuente de *creación* o de *alienación*. En la lectura que S. Caletti hace del tema, “tal controversia cobra mayor visibilidad en dos de las tres fuentes principales de éste concepto, a saber, C. Castoriadis y J. Lacan (la tercera es J.P. Sartre). Estos autores coinciden en señalar el orden de lo imaginario como una instancia productiva de la subjetividad y en una caracterización que puede resumirse en tres rasgos principales: el carácter prediscursivo, su creatividad, la implicación proyectiva del mundo.”¹⁸ En la lectura de Stavrakakis, mientras que Castoriadis, señalando el movimiento instituido-instituyente enfatiza lo imaginario vinculado a la capacidad creativa del sujeto y de la sociedad, Lacan sospecha de ella y nos advierte sobre el desconocimiento radical del sujeto respecto de sus condiciones de sujeción, esto es, de su *falta*. Para Lacan, creación y alienación, son fuerzas que tensan la trama de la experiencia humana *a la vez*, dicho en palabras sencillas: “No hay creación sin alienación: no hay construcción que no sea alienante en cierta medida.”¹⁹

Desde esta perspectiva, pues, la subjetividad se plantea en la articulación de lo simbólico y lo imaginario. Las imágenes y los significantes son objetos socialmente disponibles a través de los cuales se despliegan procesos infinitos de identificación, que suelen denominarse identidades. Ahora bien, es importante señalar que el acceso a cada una de esas instancias, no es inmediata. La experiencia humana, no está mediada por el lenguaje, sino *determinada* por la

relación con el lenguaje. El acceso a lo imaginario es posible por el lenguaje, que, a su vez, resulta una estructura incompleta, a partir de una relación radicalmente desenlazada entre significante y significado. También es de este orden – incompleto- la el acceso a lo real. Como dijimos con Žižek, lo real se resiste a la simbolización y permanece como resto; pero también, con su irrupción, opera dando consistencia. Ahora bien, tampoco hay acceso directo a lo simbólico: es necesario el lazo con el otro que, en tanto imaginario, permite sostener la dimensión simbólica. Por el lenguaje y por el lazo con el otro es que el mundo, y la posibilidad de contarnos como “uno” se nos hace accesible. En ese devenir, lo imaginario cumple un papel decisivo, condición de posibilidad.

Lo imaginario y lo discursivo

Hasta aquí, hemos expuesto la relación de lo imaginario con la subjetividad, revisando los trazos significativos en este punto de las nociones lacanianas de RSI. Ahora haremos lo propio con la relación imaginario – discursividad, para lo que retomaremos esencialmente el trabajo de A. Sercovich que vincula, desde una lectura de Lacan, lo imaginario con las nociones semióticas de Peirce sobre signos icónicos. Por otro lado, retomaremos a M. Pêcheux, que en un diálogo con L. Althusser y lateralmente con el psicoanálisis, plantea lo imaginario como condición de posibilidad de la producción discursiva. Pero antes, recordemos la concepción lacaniana de la relación imaginario- simbólico, a través de un fragmento del trabajo de M. Sosa en el que examina la deuda teórica con Lacan del concepto *hegemonía* de E. Laclau y Ch. Mouffe. Dice M. Sosa:

“Para estos autores la práctica discursiva configura las relaciones sociales, en tanto relaciones de sentido, a través de la articulación de elementos que por esta operación se vuelven momentos de una cadena significativa. Esta claro que lo social ya no puede ser pensado en términos de sistema, lo cual implicaría que solo nos encontramos ante momentos que mantienen entre si una relación prefijada. Tal como lo señalan los propios autores la lógica de la sobredeterminación y la noción de cadena significativa sirven para pensar una serie de articulaciones que siempre son desbordadas y reconfiguradas por el campo de la discursividad en el que operan. En otros términos los elementos nunca terminan de configurarse como momentos de una cadena significativa y siempre pueden ser rearticulados en nuevas formaciones discursivas.”²⁰

Además de esta afinidad teórica con Lacan, que a su juicio no está debidamente reconocida por Laclau, Sosa destaca y enfatizándola -incluso más que el propio autor- la importancia del orden de la afectividad por sobre el de la racionalidad para la comprensión de los procesos sociales. Retengamos de estos autores que piensan lo social desde una intersección entre psicoanálisis y marxismo, la idea de la discursividad, que entendida desde el registro simbólico de Lacan, es considerada un proceso abierto e inacabado, cuyo rasgo principal es la proliferación de *siempre recién nacidas articulaciones*.

En Lacan los problemas del lenguaje nos remiten a la noción de “cadena significativa” con la que conceptualiza el orden simbólico. En ese sentido, la noción de *point de capiton*, resulta central para comprender el efecto de sentido de una

cadena significante. Este “punto de anclaje” permite explicar la operación por la cual el significante “detiene el deslizamiento de la significación (...) el significante enlaza la cadena en el *point de capiton* y produce retroactivamente un efecto de sentido de toda la cadena.”²¹ Esta es una reformulación radical que hace Lacan de la idea saussuriana de la lengua como sistema, supone dejar de concebirla como sistema cerrado para entenderla como “cadena significante”, abierta.

Desde la perspectiva del análisis del discurso, apoyado en una teoría de la ideología que dialoga con L. Althusser, y por ello también con el psicoanálisis, M. Pêcheux afirma que todo discurso es resultado de *condiciones de producción* dadas, que es preciso desentrañar para su análisis que supone comprender las relaciones de sentido que dicha discursividad despliega:

“...a un estado dado de las condiciones de producción, corresponde una estructura definida del proceso de producción del discurso a partir de la lengua, lo que significa que, si el estado de las condiciones está fijo, el conjunto de los discursos susceptibles de ser generados en estas condiciones manifiesta invariantes semántico-retóricas, estables en el conjunto considerado y características del proceso de producción puesto en juego. Esto supone que es imposible analizar un discurso como un texto, es decir, como una secuencia lingüística cerrada sobre sí misma, y que es necesario referirlo al conjunto de los discursos posibles a partir de un estado definido de las condiciones de producción...”²²

Ahora bien, desde su punto de vista, el proceso discursivo *no tiene principio*, en el sentido que un discurso remite a tal otro, “respecto al cual es una respuesta directa o indirecta, o cuyos términos principales corea, o aniquila sus argumentos.”²³ La “materia prima” del discurso (sic), aquello en lo que se sostiene, es algo *previamente discursivo*: las formaciones imaginarias. Tales formaciones resultan, dice el autor,

“de procesos discursivos anteriores que, a su vez, surgen de procesos discursivos anteriores que han dejado de funcionar pero que han dado nacimiento a “tomas de posición” implícitas que aseguran la posibilidad del proceso discursivo. En oposición a la tesis “fenomenológica que plantearía la aprehensión perceptiva del referente, del otro y de sí mismo como condición prediscursiva del discurso, suponemos que la percepción está siempre penetrada de lo “ya oído” y lo “ya dicho”, a través de los cuales se construye la sustancia de las formaciones imaginarias enunciadas”²⁴

Las formaciones imaginarias, tal como las piensa nuestro autor, tienen que ver con los “lugares” de cada uno de los sujetos: “quién soy yo para que él me hable así, o su inversa: quién es él para que yo le hable así”; *quien soy yo para hablarle así*, o su inversa. Por otro lado, identifica el referente –que no coincide con ningún objeto real sino imaginario- y la situación, “de qué” hablo o me habla así, es decir, el punto de vista. Las posiciones de los protagonistas, el referente y la situación, constituyen las *condiciones de producción* del discurso y determinan los procesos que con ellas se desencadenan.

Otro modo de plantear el vínculo de lo imaginario con la discursividad, es el que ofrece el examen de lo imaginario con el campo de la semiótica, la teoría de los signos. Por un lado, N. Romé hace un agudo examen de los vínculos teóricos entre C.S. Peirce y J. Lacan, a propósito de la teoría social,

“la dimensión ideológica es un componente específico de la relación semiótica susceptible de ser discernido, incluso en el dominio subjetivo (...) Su especificidad se instala sobre la imposibilidad referencial, o en otras palabras, sobre el a priori semiótico trascendental de la mediación del pensamiento comunitariamente válido por los signos. La ficción que puede sintetizarse como “respuesta de lo real” devenida signo y que Lacan define como coartada del orden simbólico, no es otra cosa que la fantasía de la referencia develada en la que *lo real* inaprehensible en el presente, se ofrece como realidad en el plano de la legalidad semiótica.”²⁵

Retendremos dos cosas de esta cita, (1) la relación ideología -imaginario-semiosis, y (2) el papel de lo imaginario -fantasía- en la legalidad semiótica que construye la realidad. Desde el campo de la semiótica, aunque con fuerte interés en los procesos político sociales, A. Sercovich, retoma la noción psicoanalítica de imaginario para discutir la noción de signo icónico de C. S. Peirce. El autor señala la necesidad de especificar en términos semióticos esta idea de relación imaginaria entendida como una *relación vivencial o inmediata, experimentada*. Dice:

“Al semiólogo no debe interesarle cómo un discurso describe la ‘realidad’, sino cómo la genera (teniendo en cuenta la distinción efectuada más arriba entre lo real y la ‘realidad’), cómo produce sus propios referentes internos, determinando un régimen representacional específico (...)” “Una formación imaginaria se define a partir de las modulaciones del significante, y la transparencia semiótica resulta de un ‘olvido’ que se opera en el sujeto: ‘invisibilidad’ de cierta arquitectura estilística: es aquí donde el discurso oculta sus condiciones de producción, donde se produce la ‘naturalización’ de un régimen de selecciones y combinaciones lingüísticas.”²⁶

Para Sercovich, uno de los efectos de la denominada *relación imaginaria* es el constituido por las literalizaciones semánticas de bloques discursivos; pero, desde su punto de vista, lo imaginario discursivo y el efecto de *transparencia semiótica* no se explican por una relación –adecuada o no- con respecto a *lo real* sino por el hecho de derivar de determinados intereses sociales: “De esto se sigue que dichos intereses se manifiestan en determinadas formas discursivas y se conectan con maneras específicas de concebir la ‘realidad’ y difundir dicha concepción.”²⁷

El campo de lo imaginario discursivo se puede entender como el de la realización-escenificación de intereses ligados a lugares en una formación social. Desde el punto de vista, de Sercovich, la *relación imaginaria* forma parte de lo que él entiende por *relación ideológica*. De modo que la ideología constituye una estructura objetiva analizable en su especificidad: “Toda fantasía se desarrolla dentro del marco de una escenografía socialmente condicionada y determinada por los procesos discursivos y los demás sistemas significantes: rituales, gestos, comportamientos constitutivos de prácticas específicas...”²⁸

Otro matiz encontramos en lo que nos plantea N. Romé, quien, desde una perspectiva más cercana a la teoría psicoanalítica, comprende lo imaginario a partir de su vínculo con el deseo: si bien lo imaginario es un campo heterogéneo, la fantasía, es el campo de “escenificación” del deseo. Leemos:

“El *fantasma* se estructura como el nexo entre el sujeto y el objeto donde el objeto a es invocado frente a la imposibilidad de las palabras para designar

de modo completo el ser, destinado a constante transformación, inaprehensible en su esencia. El *fantasma* ofrece un cierto *como si*, una promesa de identidad en un orden marcado por la imposibilidad de la relación entre el sujeto y el objeto. En cierta medida se trata del carácter alienante del significante que nunca da cuenta de la singularidad porque es siempre ya ajeno....El sujeto sólo puede nombrarse a sí mismo valiéndose de un instrumento que no sólo no puede jamás representar plenamente su singularidad, (sino que) aliena su identidad en el lenguaje que es por definición, propiedad ajena, alteridad.”²⁹

Dentro de lo que aquí se denomina *relación imaginaria, fantasma*, la imagen cumple siempre una doble función de revelación-ocultamiento. Ahora bien, es necesario señalar con precisión las diferencias entre las perspectivas que hemos recorrido. Tanto para M. Pêcheux como para A. Sercovich, las relaciones imaginarias conforman el haz de problemas de la discursividad, así como también el de la ideología. Ambos recogen la idea psicoanalítica para resignificarla dentro de su campo de problemas específicos. Entre Sercovich y N. Romé, encontramos afinidad en el modo pensar lo imaginario en el campo de la teoría del signo y la significación, ambos reconocen el papel de lo ideológico en la relación semiótica. Pero mientras uno pone el énfasis en una teoría de las ideologías para pensar lo social, otra, enfatiza la afectividad y el deseo, el sujeto, como tonalidad dominante de su lectura.

Conclusiones

Nuestro proyecto se organiza en torno a la hipótesis de que en el llamado “conflicto del campo” tuvo lugar una configuración de índole “afectiva, fantasmática”³⁰, entramada con el despliegue de la conflictividad social, de las posiciones discursivas. La disputa en la construcción de hegemonía supone, como dice E. Laclau, articular demandas heterogéneas, e incluso borrar diferencias sustantivas. La política, como han señalado J. Rancière y A. Badiou, introduce una palabra pública, una nominación. Pero en esas operaciones el papel de lo imaginario - afectivo es de vital importancia.

El orden de la afectividad y no tan sólo el de la racionalidad, resulta clave en la operación de equivalencia que hace que un conflicto particular se conforme como un problema “de todos”. Las herramientas teóricas que hemos analizado con ustedes nos permitirán explorar mejor las posibilidades conceptuales de estas relaciones en el caso que nos ocupa.

Bibliografía

CALETTI, S. [2006] “Decir, auto representación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación)” Revista Versión. Estudios de comunicación y política N° 17, junio 2006, UAM Xochimilco, México. Páginas 19 a 78

CALETTI, S. [2009] Exploraciones (Discurso, política, subjetividad). Informe Final PID 3098. FCE UNER

PECHEUX, Michel. [1978] *Hacia el análisis automático del discurso*. Gredos. Madrid.

ROMÉ, Natalia. [2009] *Semiosis y subjetividad. Preguntas a C.S. Peirce y J. Lacan desde las ciencias sociales*. Editorial Prometeo. Buenos Aires.

SERCOVICH, Armando. [1997] *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.

SOSA, Martina. [2008] *Discurso y sujeto en Hegemonía y estrategia socialista* de Ernesto Laclau. *Una mirada sobre las huellas del psicoanálisis*. Disponible en: <http://www.psykeba.com.ar/articulos2/MS-Ernesto-Laclau-discurso-sujeto-en-hegemonia-y-estrategia-socialista.htm>

STAVRAKAKIS, Yannis. [2010 (2007)] *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. FCE. Buenos Aires.

¹ PID 3132 FCE UNER, director: Sergio Caletti; co-directora: Carina Muñoz. Integrantes: Sebastián Rigotti, Juan Pablo Gauna, María Laura Schaufler. Colaboradora: Leila Passerino.

² *Ibidem*

³ 13 de marzo de 2008, las entidades del agro realizan la primera medida de protesta, el lock out de ventas, hasta el 16 de julio de 2008, en que fue derogada la Resolución.

⁴ El dirigente de la Federación Agraria de Entre Ríos, tenía hasta ese momento un importante papel en la Asamblea Ambiental de Gualeguaychú y el corte del puente San Martín en la lucha contra la pastera ex Botnia.

⁵ Este apelativo del vicepresidente fue puesto en escena por los ruralistas en el bautizo del primer toro campeón que arribó a la exposición rural de ese año, el 21 de julio.

⁶ Cf. Ministerio de Agricultura, ganadería y pesca. Disponible en

http://www.minagri.gob.ar/SAGPyA/agricultura/cultivos_en_la_argentina/01-mapa_principales_cultivos/index.swf

⁷ Fuente: INDEC. Censo Nacional de Población y Vivienda 1991 y Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001. Disponible en http://www.indec.gov.ar/censo2001s2/ampliada_index.asp?mode=01

⁸ Entre Ríos produce el 40% de la producción total de arroz

⁹ Caletti, S. Muñoz, C. PID 3132. FCE UNER 2010.

¹⁰ En "Exploraciones", Sergio Caletti reflexiona sobre la dificultad teórica que entraña pensar lo social, en términos de una tensión, la doble relacionalidad del sujeto como productor y efecto de "lo social". Ver Capítulo 5 Política y agencia de lo social.

¹¹ Caletti, S. Proyecto. PID 3098 "Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea". FCE UNER 2006-2009

¹² *Lo real*, a lo que se resiste a la simbolización, se asocia a la vida. *Lo simbólico*, por su parte, es definido como el lugar del significante y de la función paterna, se asocia a la muerte. "El concepto de lo simbólico es inseparable de una serie compuesta por otros tres conceptos: los de significante, forclusión y nombre-del-padre. En efecto, el significante es la esencia misma de la función simbólica (su "letra"), la forclusión es el proceso psicótico por el cual desaparece lo simbólico, y el nombre-del-padre es el concepto que integra la función simbólica en una ley significante: la prohibición del incesto.". Finalmente, *lo imaginario*, se asocia al cuerpo. Para Lacan, lo imaginario se teoriza en términos de "imagen, es decir, conjunto de representaciones inconscientes que aparecen con la forma mental de un proceso más general (...) el lugar de un señuelo ligado a la experiencia de un clivaje entre el *moi* y el *je* (el sujeto)." Fue definido "como el lugar de las ilusiones del yo, de la alienación y la fusión con el cuerpo de la madre." Roudinesco, E. y Plon. [2005] Diccionario de Psicoanálisis. Páginas 514; 901- 902: 1004

¹³ Žižek, S. [2000] *Mirando al Sesgo*. Paidós. Buenos Aires. Página 60

¹⁴ Caletti, S. Exploraciones. Informe final PID 3098. FCE 2006-2009. Cap. Imaginario, discurso, enunciación.

¹⁵ Stavrakakis, Y. [2010 (2007)] *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. FCE. Buenos Aires. Páginas 67, 68

¹⁶ *Ibidem*, Página 58

¹⁷ *Ibidem*. Páginas 59 y 70

¹⁸ Caletti, S. Ob. Cit.

¹⁹ Cf. Stavrakakis, Ob. Cit. Página 70

²⁰ Sosa, M. [2008] *Discurso y sujeto en Hegemonía y estrategia socialista* de Ernesto Laclau. *Una mirada sobre las huellas del psicoanálisis*. Disponible en: <http://www.psykeba.com.ar/articulos2/MS-Ernesto-Laclau-discurso-sujeto-en-hegemonia-y-estrategia-socialista.htm>

²¹ *Ibidem*.

²² Pêcheux, M. [1978] *Hacia el análisis automático del discurso*. Gredos. Madrid. Páginas 43- 44

²³ *Ibidem*. Página 41

²⁴ *Ibidem*. Página 52

²⁵ Romé, Natalia. [2009] *Semiosis y subjetividad. Preguntas a C.S. Peirce y J. Lacan desde las ciencias sociales*. Editorial Prometeo. Buenos Aires. Página 130 y 156

²⁶ Sercovich, A. [1997] *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. Páginas 35, 36 y 39

²⁷ *Ibidem*. Página 44

²⁸ *Ibidem*. Página 53

²⁹ Romé, N. Ob. Cit. Página 135

³⁰ Caletti, S. Muñoz, C. PID 3132 FCE - 2010